

Connie Mason

Pirata

Traducción de Ruth Guajardo



Phoebe

Título original: *Pirate*

Primera edición: abril de 2008

Copyright © 1998 by Connie Mason

© de la traducción: Ruth Guajardo, 2007

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-12-6

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: Franco Accornero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Para mi marido, Jerry. El pirata que robó mi corazón
hace casi medio siglo.

Prólogo

Nueva Orleans, 1804

Guy DeYoung no temía a la muerte. Lo que le atenazaba el corazón era la idea de dejar a Bliss a merced de un hombre como Gerald Faulk.

Remolinos de nubes de espesa niebla ocultaban casi por completo al pequeño grupo de hombres que se encontraba de pie bajo el dosel que formaban los llamados “Robles del Duelo”. Tentáculos inquietantes y grises de la planta conocida como musgo de Florida, caían hacia el suelo en la húmeda madrugada, oscureciendo la visión de los dos contrincantes situados frente a frente.

Guy DeYoung escogió una pistola del refinado estuche que sostenía su padrino, consciente de que su adversario quería matarlo. Era el primer duelo de Guy; un *affaire de coeur*. Imprudentemente, se había enamorado de Bliss Grenville, la hija del hombre que le había contratado como capataz de sus cuerdas. Al verse correspondido, se había sentido loco de felicidad, y se habían casado en secreto, sin el consentimiento paterno y sin que el anterior prometido de Bliss lo supiera.

Cuando Guy había informado a Claude Grenville del matrimonio y de que habían consumado sus votos, Grenville se había quedado de piedra. Lo llamó “advenedizo muerto de hambre” y “Cajún sin futuro”. Grenville tenía puestas sus esperanzas en el matrimonio que había concertado entre Bliss, de diecisiete años, y Gerald Faulk, un rico armador y exportador. Él era un importante inversor en el negocio de Faulk y había contado con mantener una relación larga y próspera con su futuro yerno. En el

momento en que Faulk se enteró de que su prometida se había casado con otro hombre, se consideró la parte ofendida y retó a Guy.

Ahora se encontraban bajo los “Robles del Duelo”, cercados por una arcada de hojas verdes de las que goteaba el rocío de la mañana.

Gerald Faulk sonrió con desprecio a Guy mientras jugaba con su pistola.

—Estás loco, Guy DeYoung. Deberías haberlo pensado mejor antes de aspirar a algo que está por encima de tus posibilidades. Nadie lamentará tu pérdida.

—Bliss me quiere —se burló Guy—. Eso es mucho más de lo que tú puedes decir.

Faulk, un apuesto hombre de cabellos claros y fino bigote, tuvo la audacia de reírse de su adversario.

—Pobre iluso. Bliss solo se estaba divirtiendo contigo: tú eres solo un capricho. Ya me ha pedido perdón por su imprudencia y yo, generosamente, se lo he concedido.

Pronunciaba las palabras de forma despreocupada, pero su mirada traicionaba su rabia.

—Bliss se arrepiente de casarse contigo en contra de los deseos de su padre. Eres basura, DeYoung. ¡Tan pobre como las ratas! Claude Grenville ya ha solicitado la anulación.

—¡Estás mintiendo, Faulk! —escupió Guy—. Bliss me ama y nunca me engañaría. A ella no le importa el dinero.

—El resultado de este duelo decidirá el futuro de Bliss —declaró Faulk—. Tú y yo sabemos qué es lo que estás buscando. ¿Sabes que no puede tomar posesión de su herencia hasta que no cumpla los veinticinco años, no?

—No necesito su dinero —dijo Guy sintiéndose insultado—. Me labraré mi propia fortuna.

—¿Que te labrarás tu propia fortuna? ¡Ja! ¿Y haciendo qué, exactamente? ¿Barriendo excrementos de caballos? Espero que hayas disfrutado de Bliss, porque ya no vas a tener otra oportunidad con ella —escupió Faulk.

De repente, apareció entre la niebla una mujer cabalgando con una nube de cabellos rojizos a su espalda, que frenó su caballo haciéndolo resbalar.

—¡Esperad! —gritó desmontando y corriendo hacia los duelistas.

—¡Dios mío, Bliss! ¿Qué haces aquí? —gritó Guy tomando a la joven en sus brazos y apartándola del peligro—. Cariño, no puedes hacer nada: por favor, vete a casa.

—No lo entiendes. —Bliss jadeó mirando asustada por encima del hombro—. Mi padre... ha dicho que tú... las autoridades... sé que tú no lo has hecho.

—Los duelos no están muy bien vistos, pero no son ilegales —afirmó Guy, incapaz de entender lo que decía—. Quizás tenga que irme de aquí por un tiempo, pero tú puedes venir conmigo.

—Apártate, Bliss —ordenó Faulk bruscamente—. Tu amante y yo tenemos que solucionar un asunto. Si no te hubieras comportado como una niña mimada, no habríamos tenido que llegar a esto.

Bliss dirigió toda la intensidad de su mirada turquesa a Faulk.

—Gerald, te lo suplico, no lo hagas. ¿Qué ocurrirá si te mata? ¿O si te quedas lisiado? ¿Qué pasará con...?

—Voy a ganar —respondió Faulk con seguridad.

Guy miró a Bliss con consternación. Parecía que toda su preocupación se concentraba en Faulk: Bliss estaba actuando como si Faulk fuera el hombre que ella amaba. ¿Acaso Faulk estaba en lo cierto acerca de Bliss? No, no podía ser... no podía pensar eso. Bliss lo amaba y nunca lo engañaría.

—Apártate, amor mío —indicó Guy.

—Pero mi padre...

En aquel momento Guy no tenía tiempo de escuchar lo que Bliss estaba intentando decirle. Se lo podría contar después, cuando se hubiera ocupado de Faulk. Se dirigió hacia su padrino, quien se adelantó rápidamente para evitar que Bliss quedara dentro de la zona de duelo. Después, el padrino de Faulk leyó las normas mientras los adversarios se colocaban espalda con es-

palda, rozándose apenas. Al oír la orden, dieron los diez pasos requeridos y se pararon.

Cuando terminó la cuenta, uno de los padrinos gritó:

—Vuélvanse y disparen como crean conveniente.

Ambos se giraron, levantaron las pistolas y apuntaron.

El tiro de Faulk pasó a toda velocidad junto a Guy, rozándole la oreja. El de Guy, que estaba dirigido al hombro de Faulk, se incrustó en el pecho de este al girarse en su intento por esquivar la bala de Guy.

Bliss gritó cuando Faulk se llevó las manos al pecho y cayó al suelo. Levantando sus faldas, corrió y se arrodilló junto a él. Las desesperadas palabras que dirigió a su antiguo prometido permanecerían en la mente de Guy hasta el final de sus días: “¡No te mueras, Gerald! ¡No te mueras, por favor!”.

Levantó hacia el cielo el rostro aterrorizado y bañado en lágrimas. Tenía los labios lívidos y a su rostro le había abandonado todo color.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó a Guy—. Dios mío, ¿por qué ha pasado esto?

Guy sintió como si se estuviera desgarrando por dentro. No quería creer lo que estaba viendo, pero ahora se daba cuenta de que Faulk tenía razón cuando dijo que Bliss había estado jugando con él. Su expresión se endureció y su corazón se volvió de piedra. Aunque él había sido el vencedor del duelo, le parecía como si en realidad hubiera perdido.

A pesar de la furiosa rabia que lo invadía, Guy se percató de un alboroto, un ruido procedente de voces que gritaban y cascos que golpeaban el suelo. Se puso tenso, pues sus sentidos le avisaron del peligro que corría.

—¡Allí está! ¡Cogedlo! Ese traidor vendió dos de mis caballos más valiosos y se quedó con el dinero. Ahora acaba de matar a un importante ciudadano de Nueva Orleans.

La densa niebla se estaba levantando con la ayuda del sol de la mañana. A través de la delgada capa de vapor, Guy vio a Claude Grenville cabalgando hacia él seguido muy de cerca por una do-

cena de Guardias de la Ciudad. Solo había un pensamiento en la mente de Guy: ¡Huir! No sabía nada de esos caballos robados, pero era suficientemente astuto como para darse cuenta de que el padre de Bliss había inventado falsas acusaciones para mantenerlo lejos de su hija. Guy lanzó a Bliss una mirada perpleja y llena de odio, convencido de que ella era cómplice de lo que estaba sucediendo. Después, giró sobre sus talones y huyó.

Corrió a toda velocidad por la hierba húmeda y resbaladiza, alejándose de los imponentes robles, sin darse cuenta de que la sangre le resbalaba por el cuello debido al rasguño de la oreja. Su única posibilidad de escapar eran las ciénagas y los pantanos al sur de la ciudad, en los que una persona podía perderse para siempre. Pero no iba a poder ser: demasiados hombres contra uno solo. Pronto lo alcanzaron, golpearon y arrastraron al *Calaboso*, esa oscura y húmeda prisión donde muchos hombres antes que él habían terminado sus días.